

HACE CIENT AÑOS

Pozos de nieve en Puerta de Hierro

Aunque nos parezca increíble, dado los avances de hoy en día en materia de conservación, hace tan sólo cien años muchos vecinos de Madrid tenían que recurrir a los artesanales pozos de nieve para proveerse de hielo.

Aquí les traemos algunas de las imágenes publicadas en “Blanco y Negro” del pozo de nieve de Puerta de Hierro. En balsas construidas al efecto, los trabajadores dejan al frío de la noche una cierta cantidad de agua que, pasadas unas horas y por obra de las bajas temperaturas, se convierte en hielo. De madrugada, los operarios quiebran el hielo formado y lo transportan al pozo; una vez en el pozo, se apisona y se cubre con paja para aislarlo de la temperatura exterior.

“Las operaciones de fracturar, trasladar, y más que ninguna la de apisonar el hielo son durísimas; para practicarlas, los trabajadores envuelven sus pies en esteras, y aun esta precaución no es bastante en muchos casos para evitar enfermedades y accidentes”.

También señalaba el artículo la pronta desaparición de los pozos de nieve como el de Puerta de Hierro: “La inven-



ción del hielo artificial y las fábricas que se han establecido, concluirán muy pronto con una industria clásica en Madrid”

Para cualquier niño de hoy seguramente resultará difícil imaginar más hielo que los cubitos de nuestras neveras o el de las pistas de patinaje. Hablarle de las “fresqueras”, con sus tradicionales barras de hielo, y de tantos otros métodos anteriores con los que conseguir el beneficioso efecto del frío para conservar los alimentos diarios, sería pedirle demasiado. Así es la historia del progreso. Avanza, a veces, demasiado aprisa.



Tres imágenes del pozo de nieve de Puerta de Hierro en 1906.

Santana Fuentes

Picaresca alemana... o zapatero a tus zapatos

De “robo audaz” fue definido por la “Ilustración Artística” el cometido por un modesto zapatero alemán el 16 de octubre de 1906. Voigt, que así se llamaba el bandolero, se hizo con la caja del Ayuntamiento de Koepenick (población cercana a Berlín), ataviado con un uniforme de capitán “comprado en casa de un ropavejero” y acompañado por un pelotón de doce granjeros del campo de tiro de Ploetzensee.

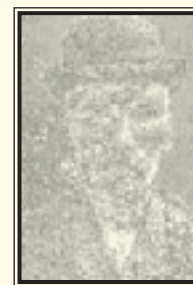
El zapatero se presentó en dependencias municipales, ataviado con su viejo uniforme, exhibiendo una orden del gabinete ministerial en la que se instaba a entregar al capitán las cuentas de la municipalidad y la entrega de los fondos existentes en la caja (en aquel momento, unos 4.000 francos). Como nota curiosa, hay que destacar que Voigt entregó a las autoridades el correspondiente recibo y, ni

corto ni perezoso, pidió a dos funcionarios que se trasladasen, bajo escolta, a Berlín para allí dar fe de la entrega del dinero.

Ni que decir tiene que los funcionarios se cansaron de esperar en Berlín al supuesto capitán, que al cabo de diez días fue detenido, comprobándose que no era la primera vez que el zapatero, de cincuenta y siete años, tenía que vérselas con las justicias.

El robo causó gran conmoción en Alemania, al poner de relieve la inoperancia de las autoridades; a tenor de las fotografías, el aspecto de Voigt poco tenía que ver con el de un capitán, y no digamos ya sus formas y modales, ¿cómo es posible que se le entregase con tanta facilidad el dinero de los ciudadanos?

Pues por las mismas razones por las que hoy asistimos, incrédulos y asombrados, a hechos muy parecidos pero de mayor envergadura. La picardía de unos



A la izquierda, el “capitán” Voigt. A la derecha, su imagen real.

cuantos, acuciada por la ambición de todos, y favorecida por la desidia oficial, permite todo eso y más. Y ya no digamos cuando no se trata de desidia si no de algo peor.

N. de R.